

El año 2009 presenté en el Centro Cultural Egipcio de Madrid a mi amigo y compañero Mohamed Abdelkefi y sus Cuentos Populares Tunecinos. En esa ocasión evoqué ciertos recuerdos de mi infancia y los días en que nos conocimos, cuando Franco agonizaba.

### **Mohamed Abdelkefi y sus Cuentos Populares Tunecinos**

Quiero comenzar felicitando a don José Javier Fuente, director de Miraguano Ediciones, que tanto viene haciendo por difundir en lengua española el conocimiento de Oriente, y en el caso concreto que hoy nos reúne, la colección dedicada a las leyendas, cuentos y poemas de los países del Magreb. Uno de los libros de esta colección es el de los Cuentos Populares Tunecinos, reunidos por Mohamed Abdelkefi. Este libro es, como diríamos en mi país, Argentina, una joyita. Gracias a él podemos iniciarnos los hispanoparlantes en el mundo cultural y social tradicionales de Túnez, sus costumbres, su moral, sus creencias religiosas, su gastronomía, modo de vestir. Buena falta nos hace en estos tiempos en que la indiferencia, la ignorancia y el desconocimiento, estimulados y promovidos por ciertos grupos políticos, económicos y militares mundiales, hacen que en las últimas décadas se esté abriendo una brecha cada vez mayor entre Occidente y Oriente.

Hace unos días, recordando cuando nos vimos por primera vez Mohamed Abdelkefi y yo, me vinieron a la memoria unos días y circunstancias que hoy pueden resultar casi increíbles. En el palacio del Pardo estaba muriéndose el general Franco. Fue preciso operarlo con urgencia y el equipo de médicos que encabezaba el doctor Vicente Pozuelo decidió que era imposible trasladarlo al más vecino hospital de Madrid, situado a menos de diez kilómetros, por lo que lo llevaron a un pabellón lateral del palacio, que hasta poco antes había sido un lugar de oración de los musulmanes norteafricanos que formaban la guardia del jefe del Estado. Allí lo operaron, a la luz de unas lámparas de queroseno. En los días que siguieron la sala fue transformada en un pequeño quirófano, donde hubo que intervenirlos dos o tres veces más, en un tratamiento que a los periodistas nos parecía inhumano y una agonía que nos resultaba interminable.

El católico Franco se moría en un pabellón de su palacio que él había destinado que fuera un *musálla* de sus guardias musulmanes. La vida de aquel hombre se había tejido con las vidas de innumerables magrebíes, primero combatiendo contra ellos, que luchaban por su independencia, y luego mandando a tropas norteafricanas en España. Así aprendió a conocer sus virtudes como combatientes, apreciar sus cualidades humanas y respetar sus creencias religiosas. Creo que en los mil seiscientos años de la Europa cristiana no ha habido un solo rey, presidente, zar o dictador que haya tenido un *musálla* en su palacio.

Qué lejos, qué increíbles, parecen esos tiempos. Han pasado menos de cincuenta años y hoy se discute si deben o no abrirse pequeños lugares de oración, si las mezquitas pueden tener minaretes, si puede haber cementerios musulmanes e incluso si las musulmanas pueden o no llevar un pañuelo cubriéndoles la cabeza.

No ha pasado medio siglo, pero han pasado muchas cosas. España ha entrado en la Unión Europea; los españoles han dejado de ser un país del que salieron millones de emigrantes, primero a Iberoamérica – a Cuba, Mexico, Venezuela y Argentina sobre todo – y luego a Francia, Alemania, Suiza y Bélgica, y se ha convertido en un país de

inmigrantes – sudamericanos y norteafricanos sobre todo – quienes con su mano de obra sacrificada han hecho posible el desarrollo económico que ha vivido España y que hoy está frenado y sometido a una crítica revisión. España entró en la Unión Europea y desde aquel día los españoles se sintieron “mas altos, mas rubios y mas ricos”. Olvidaron que sus padres o los habían tenido que emigrar con una valija de cartón a “hacer las Américas” o a ganarse el pan los hombres en las fábricas del norte de los Pirineos y las mujeres como empleadas de servicio en las casas de los parisinos, los ginebrinos y los muniqueeses.

Hoy los españoles saben que sus vecinos del norte y el este son los franceses y portugueses, pero ignoran – y no se les enseña en las escuelas – que tienen también unos vecinos al sur, los magrebies.

Como estado, España limita al sur con el Magreb. Pero en nuestros barrios, - desde luego en el mío – tenemos muchos vecinos norteafricanos, a los que compramos la fruta y las verduras, e incluso la carne – si la queremos halal -, o tenemos asistentas norteafricanas que nos limpian la casa y nos planchan las camisas.

Durante siete siglos esa frontera meridional estaba en la península, en el califato o los reinos de Al Andalus. Millones de españoles tienen sangre beber, árabes o de otras gentes del Magreb, pero se olvidan de ellos, aunque no hay mas visitar los pueblos de Andalucía, Valencia, Extremadura, La Mancha y Aragón, para ver que perviven en los ojos y rostros de sus mujeres y sus hombres.

La brecha que en nuestro mundo separa las dos culturas se profundizó a partir de la década de los 60. La victoria en la Guerra de los Seis Días convenció a los Estados Unidos que el Estado de Israel podría ayudarle a ganar la Guerra Fría en el Oriente Medio y a partir de entonces la convirtió en su aliado, una relación que se ha estrechado más y más, al tiempo que la herida de Palestina se hacía más sangrienta a los ojos del mundo árabe. Hoy el término islamista es empleado por una formidable propaganda como equivalente de terrorista y como contrapartida el cristianismo es equivalente de enemigo para fanáticos musulmanes.

Soy un hombre de paz, que esta noche está presentando la obra de otro hombre de paz, con quien muchas veces hemos hablado de la necesidad de contribuir con nuestros modestos esfuerzos a llamar a la convivencia pacífica entre las personas que nos rodean. Por eso me he expresado de este modo, aludiendo a recuerdos y haciendo comentarios que pueden resultar a algunos de los presentes como inoportunos o políticamente incorrectos. Nací y fui a la escuela en un país donde en mi aula me sentaba junto a un “turquito” (es decir un descendiente de un inmigrante del antiguo imperio turco) y de un “rusito” (es decir el descendiente de un judío del antiguo imperio ruso). Los tres, - el turquito, el rusito y yo-, éramos amigos. Íbamos a la escuela pública, vistiendo un guardapolvos, una bata blanca que nos igualaba, y empezábamos el día izando la bandera y cantando el himno argentino. Se nos enseñaba a creer en unos valores republicanos y así se forjó una nación donde hemos tenido un presidente de origen sirio y muchos ministros de origen turco, sirio, libanés, egipcio, palestino o judío. Lo mismo ha pasado y sigue pasando en Brasil, en Ecuador, en Colombia, en Venezuela. En nuestros pueblos no han prendido esos odios con los que vienen envenenándonos hoy en el mundo. Los latinoamericanos no entienden ni sienten esa “amenaza del terrorismo islámico” que predicán día y noche los hombres que hoy gobiernan en el mundo.

Repito lo que dije al principio: éste libro, “Cuentos populares tunecinos” es una joyita, una semilla de paz, un rayo de luz para iluminar las tinieblas de la ignorancia. Leyéndolo se aprende, por ejemplo, que en el pueblo tradicional de Túnez las mujeres son más inteligentes que los hombres, como me hizo observar Michelle, mi esposa.

Quien lea esta joyita empezará a darse cuenta que ese debate que se ha iniciado en España y llevado a la adopción de ciertas medidas en Francia y Bélgica sobre si las mujeres pueden o no salir de casa cubiertas con un pañuelo, es tramposo, encierra una trampa con una finalidad política o de la que esperan aprovecharse algunos políticos, pero que puede resultar dañina para el pueblo, que el sólo hecho de que se haya planteado es ya de por si dañino.

Este libro encierra no una sino dos joyitas, los veintiún cuentos y una separata introductoria que es una brevísima muestra de la gran cultura de Mohamed Abdelkefi, de sus extraordinarios conocimientos etnológicos, lingüísticos, sociológicos y religiosos que tiene mi hermano Mohamed, empleando el término hermano en el mismo sentido que se emplea entre los árabes y los argentinos refiriéndose a un amigo. Yo lo que siento es que esa separata sea tan corta. Espero que le dedique un amplio ensayo, que bien se lo merece el tema.

Yo debo muchas cosas a mi hermano Abdelkefi. Es él quien me ha ido enseñando a sentir un gran respeto y simpatía por los musulmanes y su cultura. Desde que fui enviado a El Cairo con motivo de la muerte de Nasser, aquel líder que había despertado tantas ilusiones entre los iberoamericanos que creíamos que era posible una Tercera Posición en el mundo de la Guerra Fría, me he interesado por lo que sucede en el Magreb y en el Próximo Oriente, al que por influencia inglesa llamamos Oriente Medio, porque para los ingleses el oriente próximo empieza al otro lado del Canal y la península ibérica forma evidentemente parte de ese oriente mas próximo, más cercano.

Pienso que el futuro de la Humanidad a corto plazo se juega en el Próximo Oriente, el que se extiende desde las orillas del Mediterráneo que bañan Turquía, Líbano, Israel y Palestina, hasta el golfo Pérsico o quizás el margen occidental del mar Índico. Pero esto lo sigo y me informo por los periódicos y las revistas o libros de geopolítica y prospectiva.

Mi hermano Abdelkefi me enseña algo más importante, más hondo, más decisivo. A él le debo el conocer el Corán en una edición exegética, que me ha abierto horizontes espirituales, sentir que él – musulmán practicante y yo católico practicante-tenemos un mismo Alá, el clemente y misericordioso.

Mohamed es un ejemplo de inmigrante magrebí integrado en la sociedad española, por su familia y sus actividades. Lo pienso con frecuencia cuando escucho los comentarios de algunas personas sectarias que ponen en duda que un musulmán pueda integrarse en España, hacer suyas las “señas de identidad españolas”, sin tener que renunciar por eso a sus raíces ancestrales. Tras escuchar a gallegos, vascos, catalanes, castellanos y andaluces me pregunto cual es la “identidad española”; pero, en fin, ésta es otra historia.

No puedo concluir sin reiterar pidiéndole a Mohamed que nos enriquezca con un ensayo ampliado sobre los aspectos abordados en la separata de los “Cuentos populares tunecinos” y que reedite “La mujer musulmana a través del matrimonio”, ese libro del que deseo poder regalar ejemplares a algunos conocidos míos que, por su ignorancia, dicen tantas cosas equivocadas sobre la mujer en la sociedad musulmana.